

CONSTRUYENDO ESTILOS DE VIDA INTEGRADORES Y COMPASIVOS

Federico Velázquez de Castro González

El análisis de la realidad dibuja un panorama complejo y con numerosas sombras. Por mostrar un ejemplo que evidencia las grandes contradicciones de nuestro mundo, recordemos por un momento que en el Sur Global mueren diariamente 1000 niños y niñas por beber agua contaminada mientras en la Unión Europea se habla de rearme y se coloca el objetivo en alcanzar 800.000 millones de euros para gastos militares. Qué fácil resulta reunir recursos y qué difícil, parece, destinarlo a resolver las necesidades más apremiantes de la población vulnerable.

Así funciona el capitalismo, generando y acentuando las desigualdades, enriqueciendo a una élite y empobreciendo a millones, al tiempo que produce daños en la naturaleza y que imbuye su ideología, su “cultura” en el seno de las sociedades desarrolladas. Nos quedaremos con este último rasgo, que podría expresarse en tres características.

La primera es el **egoísmo**, lo que va muy en línea con la posmodernidad, para la que lo individual y lo privado sobresalen sobre lo colectivo y lo comunitario. Se refuerza la competitividad, y el círculo de interés se restringe a lo cercano, con quienes se establecen relaciones de hiperconectividad, sin extender la mirada más allá de esos estrechos límites. Esfuerzo y compromiso quedan sustituidos por conductas hedonistas e intrascendentes.

La segunda es la **codicia**, para la que nunca se sabe cuánto es suficiente. El enriquecimiento rápido y la ostentación de los poderosos deslumbra y ejerce un efecto llamada, de manera que quien por su posición puede meter la mano, lo hace sin repartos dando lugar a corrupciones de todo grado, sea a través de comisiones, sobornos, mordidas o, directamente, robos y expoliación. Negocios lícitos o ilícitos, desde la construcción a la droga, atraen a los buscadores de fortunas rápidas y dinero fácil.

Finalmente, la **tibieza**. Hemos observado, con dolor y perplejidad, cómo ante el genocidio palestino el mundo mira hacia otro lado. Lo mismo ha sucedido con las guerras olvidadas de África y también en otros momentos históricos, si bien antes no se disponía de tanta información como ahora, en donde el horror se transmite diariamente en directo. La afirmación de Terencio *humano soy y nada de lo humano me es ajeno*, parece haber perdido toda su vigencia. La solidaridad, valor capital de la cultura obrera, ha sido sustituida por la cobardía y la indiferencia.

¿Qué hacer frente a este panorama que puede llevar la civilización al desastre y frente al que muchos no nos resignamos?

Descartamos, de entrada, las vías violentas: no se pueden utilizar los mismos medios que lo que deseamos combatir. Si queremos la paz, tendremos que transitar por caminos de paz de tal manera que *los fines estén en los medios como el árbol en la semilla*. Además de que, siguiendo con Gandhi, lo que se consiga por la violencia tendrá que mantenerse también con la violencia. Por otro lado, ¿quién piensa derrotar por la fuerza a un sistema que tiene

todos los instrumentos violentos a su servicio? Por tanto, por motivos éticos y prácticos, la violencia no tendrá cabida en nuestras respuestas, lo que en modo alguno significa pasividad. Contamos con una herramienta formidable que es la **noviolencia**, así en una sola palabra, porque tiene entidad propia y no es simple oposición.

Tres son también las posibilidades de actuación que se abren ante nosotros.

La primera, la **Política**, entendiendo siempre este término como servicio. Desde Aristóteles, el hombre es un animal político, y esta dimensión nos es circunstancial porque, ¿qué otra cosa significa ocuparse de lo público, de lo común, para que preste el mejor servicio a los ciudadanos? Otra cosa es el nivel de muchos representantes que se arriman a estos puestos para medrar o solucionar su vida, todo lo contrario de lo que es su verdadera vocación. Con una democracia real y directa, no se permitiría que quien no lo mereciese continuara en el cargo. Mas, como quien hace la ley hace la trampa, las estructuras priman sobre la sociedad, que tendrá que conformarse con mediocridades cuando no directamente con delincuentes.

No deberíamos contemplar la política como espectáculo, pues afianza nuestra pasividad mirando y, si acaso, criticando. Los políticos deberían ser gestores de lo público sin olvidar que la soberanía no está en los parlamentos sino en el pueblo. Con esta vocación de servicio, participar en la vida política puede resultar positivo, sabiendo que en una sociedad de clases no hay posiciones neutras: o se está con el pueblo y sus necesidades o con el poder. Sabemos de antemano que el poder no permitirá cambios de alcance (que las Constituciones también limitan), pero siempre habrá margen para mejorar la vida de la gente. Quizás no resulte fácil entrar a formar parte de un parlamento nacional, pero sí de muchas corporaciones locales donde, más cerca del ciudadano, se pueden conseguir objetivos, a condición de que no se hagan las cosas por encargo, sino que toda medida debe conseguirse con los interesados para implicar a la población en la resolución de sus problemas, y no se sienta alejada de la política local.

La segunda vía parte de la **Sociedad civil** y sus organizaciones. Aquí encontraríamos dos formas de actuación, aquella que busca la solución de problemas concretos (desahucios, inmigrantes, sin techo) y los que construyen iniciativas como el comercio justo, las finanzas éticas y otras formas de economía social. Ambas son importantes, en las primeras conviene involucrar al mayor número posible de actores para que la resolución sea más eficaz, desde sindicatos a corporaciones. En cuanto a las iniciativas, son sumamente importantes porque suponen la construcción de alternativas a los entramados del sistema como la banca convencional, las grandes superficies o los establecimientos de moda. Al mantenerse en el tiempo pueden suponer un recambio para las viejas estructuras en momentos de crisis o colapso. No todo está perdido, habrá siempre propuestas que ofrecer de mayor contenido social y transformador.

Finalmente, señalemos la **Cultura**. Un pueblo culto es un pueblo fortalecido, bien entendido que hablamos de una cultura humanista, fundada en valores, crítica y cooperativa. Los valores deben vertebrarla y entre ellos podemos mencionar los que conocemos como 4 S: **sencillez, sosiego, solidaridad y servicio**. El primero es el antídoto de la sociedad de consumo, vivir con simplicidad es el resultado de una nueva visión en la que el ser se afianza sobre el tener y prima la libertad sobre la posesión. El sosiego se vuelve necesario en una época acelerada en la que se precisa vivir con paz y atención. La solidaridad nos acerca a los

otros, en los que tenemos que pensar en los momentos de tomar decisiones vitales. Y el servicio, revulsivo del poder, que establece un tipo de relación horizontal y de ayuda mutua.

Así vemos cómo es posible *ser el cambio que queremos ver en el mundo*, integrando siempre nuestras dos dimensiones, la personal y la comunitaria.

En lo personal se ha desplegado toda una serie de actuaciones, lo que no sería posible sin una toma previa de conciencia, a lo que contribuye la reflexión, el debate y el análisis de la realidad. Mas, de ella podría derivarse una conciencia “dura”.es decir aquella que tras observar la situación de injusticia por la que el mundo atraviesa suscitara respuestas violentas de odio y venganza. Por ello, mejor que conciencia preferimos el término *conversión*.

La conversión no tiene necesariamente carácter religioso, aunque debe partir de las áreas profundas del corazón humano. Sus dos columnas son la justicia y la compasión. A través de esta última nos colocamos en el lugar del vulnerable, empatizamos con su situación y buscamos la mejor forma de ayuda. Frente a la conciencia dura, la bondad reblandece, despierta lo mejor del ser humano y lo prepara para abordar el trabajo de emancipación desde una perspectiva armoniosa y constructiva.

Vivir con los nuevos valores es importante, pero no tendrán mucho recorrido si no se alimentan. Así como lo corporal lo nutrimos diariamente, lo espiritual, cultural, social..., también requieren atención y fortaleza, y a ello hay que dedicar un tiempo frecuente, bien sea a través de lecturas, tertulias, reflexiones..., o prácticas personales como la meditación y el silencio, que nos permitan conectar y ahondar con nuestra verdadera esencia, única fuente de la que puede brotar dirección, amor y confianza.

Tanto desde una perspectiva personal como comunitaria, encontramos un instrumento poderoso en la **no colaboración**. De la misma forma que respondemos afirmativamente a valores e iniciativas, debemos decir no a lo que engaña, oprime y perjudica. Desde la alimentación a la moda, se rechaza lo nocivo y se elige lo constructivo. La no colaboración la desarrolló Gandhi en el ámbito político, por lo que sus posibilidades son muy altas. Requiere también formación y disciplina para sistematizar el boicot o rechazo y conseguir resultados favorables.

En el ámbito comunitario, todo comienza por no mantenerse callados ante opiniones equivocadas. En los círculos en los que habitualmente nos movemos, sean familiares, vecinales, laborales..., pueden escucharse afirmaciones de carácter racista, negacionista..., a las que conviene responder con argumentos. Es una forma inicial de contrarrestar e impedir que los rumores y la desinformación se extiendan, lo que también es muy útil para las redes sociales. Esta significación personal es el primer paso para plantearse la integración en los diversos tipos de organizaciones de la sociedad civil, desde la que todos estamos invitados a participar y trabajar Hay muchas causas que requieren nuestra atención, desde el medio ambiente a los derechos humanos, pasando por la paz, solidaridad, inmigración, sindicalismo..., y en donde cada cual debería escoger el área más afín para colaborar con otros en la consecución de objetivos justos. Ojalá todos pudiéramos estar organizados en este gran abanico de opciones encaminadas a conseguir mayores niveles de justicia social.

Citaremos, finalmente, algunas consideraciones que pueden guiar nuestra actuación para llevarla a buen término.

La acción debe ser desinteresada, olvidando frutos y reconocimientos. Se hace lo que se debe, lo mejor que se sabe, y se evalúa su realización; sin embargo, los resultados no siempre son inmediatos. Donde mejor se confirma esta guía es en la educación, en la que se siembra, pero sin ser dueños del “terreno” donde se deposita la semilla. El ritmo de maduración de cada alumno marcará los resultados, algo que al sembrador no le pertenece, pues ni somos dueños del receptor ni del mensaje que, en el mejor de los casos, reproducimos. En el ámbito social los procesos son lentos y para que se produzca un salto cualitativo debe transcurrir un tiempo de preparación.

Asumir este recorrido nos vuelve pacientes y perseverantes, ya que no hay otro modo de entender el compromiso. Se trata de un camino que recorreremos colectivamente y donde nadie debe esperar immediateces. No se perderá ningún esfuerzo, pero el fruto brotará a su debido tiempo.

Es también un antídoto frente a los egos de quienes buscan medallas, pues el trabajo es común y si bien es cierto que los buenos resultados animan, no debe ocurrir al revés porque, a veces, no se planifican bien o las circunstancias no son las adecuadas, momento en el que hay que recurrir a un plan alternativo. Muchos se “queman” cuando no ven su esfuerzo reconocido o no le asignan méritos en el ámbito organizativo. Por ello es tan importante poner la atención en las razones que mueven a una acción y no en los beneficios o satisfacciones que pueda producir.

Siguiendo a Mounier, abundaremos en la idea anterior, por cuanto que lo importante, en muchas ocasiones, es **el testimonio**. Aquel joven que en la plaza de Tiananmén detuvo una columna de tanques, no impidió que la represión continuara, pero mostró al mundo la dignidad frente a la sinrazón. Los ejemplos serían innumerables y debemos continuar formando eslabones de esa cadena para demostrar que siempre se debe actuar (y el poder del ejemplo no es menor) y que no podemos caer en la trampa burguesa del éxito, tan promovido por el materialismo capitalista.

La búsqueda del éxito desvía de los verdaderos objetivos. Nuevamente, las acciones deben realizarse porque las entendemos justas, independientemente que las apoyen muchos o pocos o que tengan una proyección de mayor o menor alcance. Lógicamente, buscaremos las mejores opciones, pero partiendo de la realidad de cada momento, y en donde la imaginación puede jugar un papel primordial. Las acciones deben ser propositivas y no de simple negación para que puedan resultar mejor comprendidas y susciten la simpatía de quienes las contemplen.

Es muy importante que en las mentes de los militantes se forje un **Ideal**, una visión, una utopía. Sólo los utópicos pueden tener esperanza, afirmaba Freire, y ese ideal nos sitúa ante un mundo mejor, justo, sostenible, fraterno, convivencial. *Otro mundo es posible*, como tantas veces se proclamaba antes, continúa siendo un slogan válido porque lo que *parece difícil en tiempos ordinarios puede ser posible en tiempos extraordinarios*, y no sabemos lo que nos traerá un futuro incierto para el que debemos estar preparados. La utopía, nos recordaba Galeano, sirve para caminar, y podemos tener la absoluta certeza de que *el mundo nuevo que llevamos en nuestros corazones* llegará a hacerse realidad a condición de que trabajemos por aproximarnos a él, tanto en nuestra búsqueda de paz, justicia y libertad, como en el progresivo despertar de la conciencia, que revele nuestra verdadera naturaleza.

El Ideal no debe ser exclusivo de los militantes, sino que debemos transmitirlo, en especial si somos educadores, a toda la sociedad –con los jóvenes en un lugar destacado- para que rompan con el presentismo hedonista y encaminen sus pasos, con sentido, hacia horizontes nobles que puedan movilizar sus mejores potencialidades.

El futuro es incierto, ya se dijo, pero también apasionante pues está abierto y contempla muchas direcciones. Deben crearse iniciativas que contrarresten la dinámica actual y que puedan convertirse en alternativas para épocas de crisis. Nada de lo construido se perderá, lo que abarca todos los esfuerzos personales y colectivos que llevemos a cabo para mejorar la dirección del mundo. No estamos solos, no somos los primeros, debemos nuestro compromiso a tantos hombres y mujeres que, anteponiendo deberes sobre derechos, trabajaron por la justicia. La mejor manera de honrar su recuerdo es continuar en la línea que ellos emprendieron, interpretando los signos de los tiempos para responder con amor, inteligencia y esperanza a los desafíos de hoy.